

cia por parte del que debía impedir su fuga?» Entre tanto el pueblo amotinado forzaba las puertas del regio alcázar y recorría los suntuosos salones que jamás se había figurado pisar, vengándose en los objetos inanimados del largo respeto que le había infundido hasta entónces aquella mansion. Pasaba en un momento del terror á la rísa, y ya descolgaba un retrato del rey y lo ponía á la puerta de palacio como si estuviese de venta, ya se apoderaba del lecho de la reina, como hizo una revendedora de cerezas que estableció allí su puesto, diciendo: «Hoy toca á la nacion colocarse con toda comodidad». Trataron de poner á una jóven un gorro de la reina, pero lo pateó con desprecio é indignacion, creyendo que era una afrenta para ella el colocar sobre su cabeza áquel prendido. Sólo respetó el pueblo el gabinete del Delfin, enternecido á vista de los libros, mapas y demas instrumentos que servian á darle una esmerada educacion. Las calles y plazas públicas estaban cubiertas de un gentío inmenso, los guardias nacionales se iban reuniendo precipitadamente al toque de generala, y el cañonazo de alarma se oia de minuto en minuto. Volvian á aparecer los hombres de las picas y de los gorros de lana, corriendo en todas direcciones. El cervecero Santerre, agitador perpetuo de los arrabales, conducia él solo dos mil hombres armados de este modo; la cólera del pueblo empezaba á ser mayor que el terror que le había dominado en un principio, y le hacía prorumpir en cínicas palabras, y ejecutar millares de insultos contra la dignidad real. En la plaza de Greve mutiló el busto de Luis XVI, colocado bajo la fatal linterna que había servido de instrumento á los primeros crímenes de la revolucion. «¿Cuándo concluiremos de una vez—exclamaban aquellos frenéticos demagogos—con estos reyes de mármol y de bronce, monumentos vergonzosos de la esclavitud?» En las estamperías se apoderaba el pueblo de todos los retratos del rey, y los hacía pedazos ó pintaba una venda sobre sus ojos. En las muestras de los artesanos de palacio se borraban los nombres de los príncipes. Al nombre de palacio real se sustituía el de palacio de Orleans, y en los clubs, reunidos precipitadamente, se oian declamaciones furiosas. El de los Franciscanos declaraba que la Asamblea nacional había entregado la Francia á la esclavitud, proclamando hereditario el derecho de sucesion á la corona, y pedia la destitucion del rey y que el reino se constituyese en república. Danton le inspiraba su audacia y Marat su demencia. Los más absurdos rumores circulaban entre aquellos hombres, desvaneciéndose inmediatamente. Los unos decian que el rey se había dirigido á Metz, y los otros aseguraban que se había escapado por un albañal de palacio. Camilo Desmoulins excitaba la alegría del pueblo como la forma más insultante de su desprecio; y al mismo tiempo se fijaban carteles en las paredes de las Tullerías, prometiendo un módico hallazgo al que presentase los animales dañinos é inmundos que se habían escapado de aquella casa. Otra porcion de oradores improvisados, subidos encima de sillás, hacian al aire libre y en medio del jardin las mociones más extravagantes. «Pueblo,—decian,—sería una lástima que nos volviesen á traer á ese rey pérfido. ¿Qué haríamos de él? Vendría como Tersito á derramar lágrimas grasientas delante de nosotros, y no podríamos ménos de enternecernos. Si acaso vuelve, pido que sea expuesto por tres días á la irrision pública, con un pañuelo encarnado en la cabeza, y que se le conduzca en seguida de justicia en justicia hasta la frontera, y que allí se le eche del reino á puntapiés.» Freron hacía repartir con profusion sus hojas volantes, en las que se leía: «¡Ya ha partido ese rey

imbécil y perjuro! ¡Ya no está entre nosotros esa reina malvada que á la lubricidad de Mesalina reúne la sed de sangre de los Médicis! ¡Mujer execrable, furia que vomitó el Averno para la perdicion de la Francia, tú eras el alma del complot!» El pueblo repetía estas palabras, que alimentaban su odio á la monarquía y le inspiraban las más terribles ideas.

XVIII

Hasta las diez de la mañana, en que tres cañonazos anunciaron al pueblo lo que había sucedido por la noche, nada sabía éste oficialmente. A estas horas estaba ya reunida la Asamblea, en la que el presidente anunció que Mr. de Bailly, corregi-



Mr. de Bouillé envió exploradores á sondear los vados del río...—Pág. 75.

dor de Paris, le había dado parte de que el rey y su familia habían sido *sustraidos* de las Tullerías aquella noche por los enemigos de la causa pública. Instruida ya la Asamblea individualmente de aquella novedad, escuchó esta comunicacion con el más imponente silencio. Parecía que en este momento solemne la gravedad del peligro le comunicaba una majestuosa calma, y que la sabiduría de una nacion tan grande se había reunido toda en sus representantes. Un solo pensamiento domina en todas sus palabras y en todos sus actos. Su único objeto es defender la Constitucion, y aún al mismo rey constitucional, á pesar de lo que acaba de suceder. En este concepto se apodera inmediatamente de la regencia del reino, y constituyéndose por sí misma en poder ejecutivo, manda á los ministros que despachen correos en todas direcciones, con órden de arrestar á cualquier individuo que quiera salir del reino; que se visiten los arsenales y las fábricas de armas, y que todos los generales salgan inmediatamente á ocupar sus puestos, así como que se guarden escrupulosamente todas las fronteras. Estas proposiciones se decretan y ponen en ejecucion con una velocidad mágica. Ya no hay lado derecho, ni centro, ni lado

izquierdo, y todos se reúnen para hacer frente al peligro que á todos amenaza. En este instante vienen á anunciar á la Asamblea que Mr. de Romeuf, uno de los ayudantes de campo de Mr. de Lafayette, enviado por éste bajo su propia responsabilidad, y sin tomar las órdenes de la Asamblea, para detener al rey, se halla en manos del pueblo, que acusa al general y á todo su estado mayor de traicion. Inmediatamente envia la Asamblea unos comisionados de su seno para protegerle, y el oficial entra en el Congreso y explica el objeto de su mision. Entónces la Asamblea confirma la orden dada por el general, y el ayudante vuelve á partir inmediatamente. Barnave, que ve en la ira del pueblo contra Lafayette otro nuevo peligro, aunque enemigo político del general, sube á la tribuna y le defiende generosamente y con grande habilidad contra las sospechas de aquel pueblo, próximo á abandonarle. Es fama que hacia algunos dias que los Lameth y Barnave habian conocido como Mirabeau la necesidad en que se hallaban de ponerse de acuerdo secretamente con el rey, para salvar si era posible aquella sombra de monarquía. Se ha dicho tambien que habian mediado entre Barnave y el rey ciertas relaciones confidenciales en que se habia concertado la fuga del monarca, y adoptado otras disposiciones; pero estos rumores, de que trata el mismo Lafayette en sus Memorias, no eran conocidos en la época de que hablamos, y todavía no lo son en el dia. «El objeto que debe ocuparnos—dijo Barnave—es volver la confianza pbular á quien debe obtenerla. Hay un hombre á quien se quisiera hacer sospechoso, y segun mi modo de entender, sin motivo fundado para ello. Coloquémonos entre este hombre y el pueblo, y procuremos que éste le devuelva toda la confianza que le ha inspirado hasta aquí. Necesitamos indispensablemente una fuerza central y un brazo que obre, cuando no tenemos más que una cabeza para pensar. Mr. de Lafayette se ha conducido como un buen ciudadano desde el principio de la revolucion, y es muy importante que conserve en la nacion el crédito que ha sabido granjearse. Si en Paris es necesaria la fuerza, no lo es ménos la tranquilidad; estando aquélla al mando de Lafayette, él sabrá proporcionarnos esta última.»

Las palabras de Barnave son acogidas con entusiasmo. En este momento anuncian á la Asamblea que Mr. de Cazales, famoso orador del lado derecho, se ve amenazado por el pueblo en las Tullerías, y que su vida peligrá.

Inmediatamente salen seis comisionados á protegerlo, y á poco rato le traen consigo al salon. Irritado Cazales contra el pueblo, de cuyas manos ha escapado milagrosamente, y contra el rey, que abandonaba á los que le eran adictos sin avisarles con tiempo, sube á la tribuna para desahogar su justo enojo. «He estado á punto—dice—de ser despedazado por el pueblo, y sin el auxilio de la guardia nacional de Paris que me ha manifestado tanto afecto...» A estas palabras, que indican en el orador realista la pretension de una popularidad personal, largos y violentos murmullos salen del lado izquierdo. «No hablo de mí,—prosigue Cazales,—hablo en el interes del público. Yo sacrificaría de buena gana mi pobre existencia, ó por mejor decir, hace mucho tiempo que la he sacrificado; pero conviene á todo el imperio que ningun movimiento tumultuoso venga á turbar nuestras sesiones en una crisis como ésta, por cuya razon apoyo en cuanto de mí depende todas las medidas que acabais de decretar.» Finalmente, á propuesta de varios miembros de la Asamblea, decide ésta reasumir en sí todos los poderes, y que sus decretos sean ejecutados inmediatamente por los ministros sin necesidad de la sancion real.

De este modo se apodera con mano firme y pronta de la dictadura y se declara permanente.

XIX

Apoderábase así la Asamblea de todos los poderes con el derecho que para ello le daba la apremiante necesidad del momento. Mr. de Lafayette se presentaba en tanto con la serenidad que le infundia su audacia en medio del pueblo para reconquistar, á riesgo de perder la vida, la confianza que aquél le habia retirado. El primer instinto del pueblo fué asesinar al pérfido general que le habia respondido con su cabeza de la seguridad del rey, y que, segun las apariencias, habia contribuido á su fuga.

Lafayette conoció el peligro en que se hallaba y lo conjuró presentándose impávido ante el pueblo. Instruido de los primeros por sus oficiales de lo que pasaba, corre á las Tullerías, donde encuentra al corregidor de Paris y al presidente de la Asamblea, Beauharnais, que se lamentaban del tiempo perdido desde que el rey se habia fugado. «¿Creeis—les dijo Lafayette—que el arresto del rey sea tan necesario al bien público, que sin él no pueda evitarse la guerra civil?» «Sin duda»,—le respondieron aquellos hombres. «Pues bien, en ese caso, yo tomo sobre mí la responsabilidad de este arresto.» É inmediatamente expide órdenes á todos los guardias nacionales para que detengan al rey doquier que lo encuentren. Esta dictadura era la más personal que podia darse, porque un solo hombre mandaba cual si representase toda la nacion, y atentaba por sí y sin ningun derecho á la vida del jefe legal del Estado. Esta orden fué la que condujo al cadalso á Luis XVI, porque puso en manos del pueblo la víctima que se le habia escapado. El mismo Lafayette trata en sus Memorias de sincerarse de este paso, que en lo sucesivo le causa agudos remordimientos. «Felizmente—dice—no fué á mis órdenes á las que se debió la captura del rey, sino á la desgracia de haber sido reconocido S. M. por el hijo de un maestro de postas, y á las malas disposiciones que habia tomado para que su fuga tuviese feliz éxito.» De este modo, en la edad de la madurez, protestaba la sensibilidad contra el patriotismo de su juventud. Lafayette se trasladó á la casa del ayuntamiento desde las Tullerías. Iba á caballo, y el inmenso pueblo que inundaba las calles por donde pasaba le apostrofaba furioso. Al llegar á la plaza de Greve casi solo, se encontró con el duque de Aumont, otro de los jefes de division que el pueblo iba á asesinar. Rompió por medio de aquella turba, que se quedó atónita al ver tanta audacia, y libertó á su subordinado. Conociendo entónces que habia recobrado parte de la influencia que tenia sobre las masas, se dirigió á la turba diciéndole: «¿De qué os quejais? ¿No gana cada ciudadano veinte sueldos diarios con la supresion de la lista civil? Si llamais desgracia á la huida del rey, ¿qué nombre dareis á una contrarrevolucion que venga á despojaros de la libertad?» En seguida salió escoltado de la casa de ayuntamiento y se dirigió ya más tranquilo á la Asamblea. En cuanto entró, fué á sentarse al lado de Camus, pero éste se levantó inmediatamente, diciendo: «¡Fuera uniformes! Ni éste ni las armas deben penetrar en este recinto.» Algunos miembros del lado izquierdo se levantan al propio tiempo que Camus, y dirigiéndose á Lafayette, gritan indignados: «¡Fuera!» Los amigos del general le rodean, é imponen silencio á Camus y á sus compañeros. Lafayette pide entónces la palabra y comparece en

la barra. Allí, despues de haber pronunciado las palabras usuales de *libertad y pueblo*, pide que se oiga á su segundo, Mr. de Gouvion, que era el encargado de las Tullerías. «Yo respondo de este oficial y cargo sobre mí toda la responsabilidad de su conducta.» Mr. de Gouvion es oído, y afirma que las salidas y avenidas de palacio han sido guardadas con el mayor rigor, y que el rey no ha podido escaparse por ninguna de las puertas. El corregidor de Paris afirma lo que aquel oficial acaba de decir. Mr. de Laporte, intendente de la lista civil, comparece entonces en la barra á presentar el manifiesto que el rey habia dejado al pueblo. «¿Cómo ha llegado á vuestras manos?»—le preguntan por todas partes. «El rey lo ha dejado cerrado sobre una mesa con una carta para mí»,—dice Laporte. «Leed esa carta»,—exclama una voz. «¡No, no!»—grita unánimemente la Asamblea.—No tenemos derecho para leer esa carta confidencial.» Tambien se niegan á abrir otra carta dirigida á la reina que se halló en el cuarto de aquella princesa. El carácter generoso de la nacion puede más todavía en ella que la irritacion del momento.

En seguida, y en medio de risas y de continuos murmullos, se lee el manifiesto del rey, redactado en los términos siguientes: «Franceses: Ningun sacrificio me ha sido costoso mientras he creido que volveria á restablecer el orden por las medidas concertadas entre la Asamblea y yo para la felicidad pública. Sin quejarme, he sufrido las calumnias é insultos que se han dirigido contra mí, y hasta la privacion de mi libertad. Hoy que veo vilipendiada la autoridad real, violadas las propiedades, comprometida la seguridad individual, y que la anarquía más completa reina en todas partes, me creo en el deber de dar cuenta á mis vasallos de los motivos de mi conducta. Parisienses, bien sabeis que en Julio de 1789 no temí entregarme en vuestras manos, y en los días 5 y 6 de Octubre, aunque insultado en mi palacio y testigo de la impunidad de tantos crímenes, tampoco quise abandonar la Francia por no promover la guerra civil. Finalmente, hasta me he venido á vivir á las Tullerías, donde me hallo privado de todas las comodidades de la vida. Pero como si esto no fuese suficiente, se ha arrancado de mi lado á los guardias de corps, y muchos caballeros fieles de mi servidumbre han sido asesinados á mi vista. Se ha infamado con atroces calumnias á la esposa fiel y generosa que ama al pueblo como yo, y á la que no ha costado ningun trabajo la parte que le ha tocado en los sacrificios que ambos le hemos hecho. La convocacion de los Estados generales, la doble representacion concedida al estado llano, la reunion de las órdenes y el sacrificio del 20 de Junio, todo esto se ha hecho por la nacion, pero todo ha sido perdido. Preso en mi propio palacio, me hallo guardado por unos carceleros asalariados, que han sustituido á mis guardias, y ademas se me ha hecho responsable de los actos de un gobierno que se me ha arrancado violentamente de las manos. Encargado de mantener la dignidad de la Francia ante las potencias extranjeras, se me ha quitado el derecho de declarar la guerra ó de ajustar la paz. Vuestra Constitucion es una contradiccion perpetua entre los títulos que me confiere y las funciones de que me despoja. Yo no soy ya sino el jefe responsable de la anarquía, porque los seditiosos de los clubs os han arrancado el poder que vosotros me habíais arrancado ántes. Franceses, ¿es esto lo que os prometíais de vuestra regeneracion social? Antiguamente el amor al monarca era una de vuestras principales virtudes; en el dia se ha convertido aquel amor en un odio feroz y en un continuado insulto. Desde Necker hasta el último

faccioso, todos han sido reyes excepto yo, y hasta se me ha amenazado con despojarme de este vano título y con encerrar á la reina en un convento. En las funestas noches de Octubre, cuando se propuso á la Asamblea que fuese á proteger al rey con su presencia, ha declarado hasta solemnemente que semejante paso no era digno de ella. Cuando las tias del rey han tratado de ir á Roma, por un motivo puramente religioso, no se les ha permitido, y ha llegado el escándalo hasta



Vuestra majestad se tomará la molestia de volverlas á recoger...—dijo Lafayette.—Pag. 80.

el extremo de violentar mi conciencia. Despues de convalecer de una larga enfermedad, he querido ir á Saint-Cloud, y con el recelo de que yo me trasladase allí con el objeto de cumplir mis deberes religiosos con sacerdotes no juramentados, el pueblo ha desenganchado los tiros de mis carruajes y me ha forzado á entrar de nuevo en las Tullerías. El mismo Lafayette no ha podido hacer que se obedezca la ley, ni que se guarde el debido respeto á la libertad del monarca. Me han forzado á separar de mi lado á mis capellanes de honor, y hasta mi mismo confesor. En semejante situacion, no me queda otro recurso que apelar á la justicia y al amor de mi pueblo, refugiándome en una ciudad fronteriza de mi reino, donde no alcancen los tiros de los facciosos, y en donde, libre de la opresion de la Asam-

blea y de los clubs, pueda atender á las reformas que la Constitucion exige, á la restauracion de nuestra religion santa y á la consolidacion del trono y de una bien entendida libertad».

La Asamblea, que habia interrumpido muchas veces la lectura del manifiesto, ya con estrepitosas risas, ya manifestando su indignacion, pasó con desden á la órden del dia y recibió el juramento de fidelidad de los generales empleados en Paris. Várias diputaciones de Paris y de los departamentos inmediatos se presentaron aquel dia en la barra á manifestar á la Asamblea que en adelante sería considerada como el centro de unidad de todos los buenos ciudadanos.

Por la noche se pidió en los clubs de los Franciscanos y de los Jacobinos la destitucion del rey, y en el primero se fijó un cartel en que se decia que cada uno de sus individuos habia jurado dar de puñaladas á los tiranos. Marat publica al mismo tiempo un manifiesto incendiario que hace circular con profusion por todo Paris. «Pueblo,—dice:—ahí tienes la lealtad, el honor y la religion de los reyes. Acuérdate de Enrique III y del duque de Guisa. Enrique comulga al mismo tiempo que su enemigo, y le jura sobre el ara santa una amistad eterna; pero apenas sale del templo, le llama á su gabinete y le hace atravesar por mil puñales. ¡Fiaos en los juramentos de los príncipes! En la mañana de ayer, Luis XVI se reía con los suyos del terror que necesariamente debia inspirar su fuga. La Austriaca ha sobornado á Lafayette, y el rey, disfrazado de sacerdote, se ha escapado con toda su familia. Ahora se está riendo de la tontería de los parisienses, y muy en breve se bañará en vuestra sangre. Ciudadanos, esta evasion estaba preparada hace mucho tiempo por los traidores que abriga en su seno la Asamblea nacional. Vuestra perdicion es cierta, si no atendeis á proporcionaros medios de salvacion. Nombrad un dictador inmediatamente, y recaiga vuestra eleccion en el ciudadano que haya manifestado hasta el dia más celo, más luces y más fidelidad; haced cuanto os diga para exterminar á vuestros enemigos. Este es el momento oportuno de que caigan las cabezas de Bailly, de Lafayette, de los malvados que componen su estado mayor, y de todos los traidores de la Asamblea. Nombrad un tribuno militar, ó estais perdidos sin remedio. Hasta ahora he hecho cuanto puede hacer un hombre por salvaros; pero si no haceis caso del último consejo que os doy, enmudeceré y me separaré de vosotros para siempre. Luis XVI viene á bloquear á Paris á la cabeza de sus satélites, y el *amigo del pueblo* se sepultará en un horno ardiendo; pero su último suspiro será por la patria, por la libertad y por vosotros.»

XX.

Los hombres influyentes del partido constitucional se creyeron obligados á asistir el 22 á la sesion de los Jacobinos, para contener la exaltacion que preveian reinaria allí. Barnave, Sieyes y Lafayette volvieron á comparecer en aquella reunion, y prestaron juramento de fidelidad á la nacion. Camilo Desmoulins refiere esta sesion del modo siguiente: «En tanto que la Asamblea decreta, el pueblo obra. Yo me dirigia á los Jacobinos, cuando me encontré con Lafayette en el malecon de Voltaire. Barnave habia logrado tranquilizar los ánimos, y ya empezaba á oirse alguno que otro grito de ¡Viva Lafayette! Este pasaba revista á los batallones que estaban formados en aquel sitio, y convencido yo de la necesidad de reunirnos to-

dos al lado de un solo jefe, cedo al movimiento que me impulsa hácia el general del caballo blanco. «Señor de Lafayette,—le digo en alta voz,—hace ya un año que estoy hablando muy mal de vos; ésta es la ocasion de probarme que me he equivocado en mi concepto. Probad que soy un calumniador, haced que mi nombre sea execrable y cubridme de infamia, pero salvad la causa pública.» Yo hablaba con mucho calor, y el general, como si yo hubiese sido su mejor amigo, me estrechó afectuosamente la mano. «Siempre os he tenido por un buen ciudadano,—me dijo,—y ya vereis cómo estais engañado con respecto á mí; nuestro comun juramento es vivir libres ó morir. Todo va bien, supuesto que en la Asamblea nacional no hay sino una voluntad, porque el peligro comun ha reunido todos los partidos.» Entónces le dije: «Pero ¿por qué usa vuestra Asamblea en todos sus decretos la palabra *raptó*, siendo así que el mismo rey declara en su manifiesto que se ha escapado por su gusto? ¿No es una bajeza ó quizá una traicion el que la Asamblea use esa palabra, cuando se ve sostenida por tres millones de bayonetas?» «La palabra *raptó* es un vicio de redaccion que la Asamblea enmendará»,—me respondió Lafayette. Y en seguida añadió: «La conducta del rey ha sido infame». Esto lo repitió muchas veces apretándome la mano afectuosamente, y yo me despedí de este hombre, pensando interiormente que quizá el horizonte inmenso que abría á su ambicion la fuga del rey, le haria volver sinceramente á ser partidario del pueblo. Con estas ideas llegué á los Jacobinos, haciéndome fuerza por creer en aquellas demostraciones de patriotismo y de amistad, de las que á pesar de todos mis esfuerzos no pude convencerme completamente».

Cuando Camilo Desmoulins entró en los Jacobinos, Robespierre ocupaba la tribuna. El inmenso crédito que se habia adquirido este jóven orador por su perseverancia é incorruptibilidad, hacia que el pueblo se apiñase á su alrededor cuando hablaba. «No seré yo—decia—el que llame un desastre á lo que está sucediendo. Este es el más bello dia de la revolucion si sabeis apoderaros de él y convertirlo en provecho nuestro. El rey ha elegido para desertar de su puesto el momento en que estamos rodeados de peligros dentro y fuera del reino. La Asamblea está desacreditada, los emigrados se hallan en Coblenza, el emperador y el rey de Suecia en Bruselas; nuestras mieses se hallan ya en sazón para alimentar los ejércitos invasores; pero tres millones de hombres están dispuestos en Francia á salir á su encuentro, y esta liga europea puede vencerse fácilmente. Yo no temo ni á Leopoldo, ni al rey de Suecia; lo que á mí me asusta es lo mismo que parece tranquilizar á todos los demas, á saber: que desde esta mañana todos nuestros enemigos afectan hablar el mismo lenguaje que nosotros. Todos pensamos de un mismo modo en la apariencia, pero esta alegría por la fuga del rey no puede ser sincera en todos, de lo que os convencereis al recordar que el rey tenia cuarenta millones de renta y que disponia de todos los destinos en favor de los que le eran adictos, ó lo que es lo mismo, de nuestros más encarnizados enemigos. Dedúcese de esto que hay traidores entre nosotros, y que estos traidores que han permanecido en Paris, no dejarán de estar en secreta inteligencia con el rey fugitivo. Leed, si no, el manifiesto regio, y el complot aparecerá á vuestra vista, sin que os quede la menor duda de su existencia. El rey, el emperador, el de Suecia, Artois, Condé y todos los fugitivos, capitaneando á una porcion de bribones, van á caer sobre nosotros. Cuando se hallen cerca de nuestros muros, aparecerá un manifiesto pa-